

## SARMIENTO Y EL EMPERADOR D. PEDRO II(\*)

El día 11 de septiembre, en ocasión de un nuevo aniversario de la muerte de Domingo Faustino Sarmiento, pronuncié, en el Instituto Histórico Sarmiento de Buenos Aires, una conferencia a la que dí el título de "Sarmiento y el Emperador D. Pedro II".

Esa conferencia, en que examiné a largos trazos la personalidad de dos grandes figuras de nuestra historia, y que me sirvió para sacar de sus vidas y de sus relaciones elementos con que hablar de la vida y de las relaciones de nuestros dos países, fué, por gentileza de quienes la oyeron, bastante apreciada.

Elegí, pues, para tema de mi conferencia de hoy en esta Universidad.

Conozco las tradiciones de la Universidad Nacional del Litoral. Sé el papel que ella desempeña en el mundo ya admirable de la cultura argentina.

Y por eso creo que no desmereceré esas tradiciones si os repitiera en esta sala mi conferencia de Buenos Aires sobre "Sarmiento y el Emperador D. Pedro II".

Paso a leerla.

En la historia admirable de nuestra América, llena, a pesar de breve, de tan grandes hechos y de tanta gloria desde el mismo instante en que el espíritu y la fibra de pueblos de la vieja Europa la descubrieron para la civilización, y más llena aun de heroísmo, desde que en toda ella, desde las tierras

---

(\*) Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad Nacional del Litoral, el día 24 de octubre de 1952, por el Excmo. señor Embajador del Brasil, Dr. Juan Bautista Lusardo.

de Wáshington a estas Tierras de San Martín, se iniciaron las luchas de la independencia, difícil es que no hubiese motivos para rozamientos, para agravios, incomprensiones y desconfianzas. Nada había que fuese estabilizado o indiscutido. Los problemas, nuestros problemas, surgían del brazo con las propias ideas y al sabor de las espadas más osadas. Era natural que así fuese...

Mas el tiempo pasa. Y pasa hoy con una velocidad aun mayor que en aquellos días porque el mundo se extiende. Por eso yo pienso que es ignorante quien quiera celar de un episodio, o asimismo de un siglo entero de nuestra historia, algo que no sea sino sus enseñanzas, sus consejos y sus sugerencias. El recuerdo de un mal momento sólo debe servir para evitar otros malos momentos.

Esa es mi idea precisa sobre el papel importantísimo que la historia desempeña en nuestra vida en sociedad. Y por eso, pues, yo no temo y nunca temeré hablar en público, sean cuales fueren mis funciones y oportunidades, de situaciones o de acontecimientos, de hechos o de hombres en cuya historia pudiese no estar totalmente exenta de dudas y de restricciones la forma en que se desarrollaron y actuaron.

Pero, repito: si el tiempo pasa con tamaña velocidad, que no se sustenten esos hechos con el ánimo de ser reproducidos, o de ser recordados en aquello en que fueron apenas, yerros, malentendidos, alteraciones o desconfianzas.

Y que tampoco se permanezca en la contemplación vaga e inerte de otras épocas y de otros modos, pues también así se corre el grave riesgo de perder el paso...

En la época de Sarmiento y del Emperador D. Pedro II, tempestuosas y tristes fueron algunas de nuestras páginas comunes. Y parecía que así debía ser, en un siglo que era para todos nosotros el primero de nuestra libertad y de nuestra independencia. Por todas partes morían y nacían héroes. La selva, el monte, la cordillera, el océano, las pampas, la campaña, las aguas, eran los marcos que encuadraban sus hechos.

No importaba que se hubiese nacido en la tranquilidad, que la cuna fuese esta tierra americana u otra cualquiera.

El destino de los grandes hombres de América forjóse lentamente en el comienzo, mas, luego, pasados dos o tres siglos, roto el equilibrio del tiempo que traían en sí los colonizadores, la tierra, casi virgen aun, no contempló orígenes ni derechos. Bastaba un contacto, una idea, una bandera o sólo un grito para que los hombres marchasen hacia la gloria. Así se hicieron Bolívar, Miranda, Tiradentes, San Martín, Sucre, Artigas, O'Higgins, D. Pedro I, José Bonifacio, Santander y tantos otros. Todos llenaron la historia inicial de estas patrias con sus hazañas y decisiones.

Después la historia continuó, al mismo paso, heroica y tumultuosa, en otros hombres y en otros hechos, siempre viva, siempre inmensa, adentrándose en el último siglo bajo el impulso de ambiciones que los vastísimos horizontes americanos habían deformado, en vez de limitar, y bajo el ardor de sangres que aun no se habían calmado.

Hubo guerras.

Las guerras originan guerras.

Y las armas que hicieron independencias irguiéronse entre sí... La herencia heroica estaba muy cerca...

Pues bien. En esa época, época de violencias en tantas partes de nuestra América, dos hombres de temperamento distinto, tuvieron el destino de marcarle una excepción. No porque otros no pensasen y actuasen, en los dos países, en las mismas oportunidades, con los mismos principios y la misma visión política, en los mismos problemas. Mas había en ellos una idea fija, que se sobreponía a las demás: el culto de la inteligencia y del saber, que tuvieron en toda su vida.

Esas dos grandes figuras de nuestra historia —el Emperador D. Pedro II y Domingo Faustino Sarmiento— son por demás conocidas para que un estudio de ambas, sobre todo de Sarmiento, que es argentino, pudiese despertar interés en esta reunión. Mas, aunque eso sea verdad, creo que lo haré, no tanto para los que me escuchan, sino porque yo, personalmen-

te, siento la necesidad de repetirme a mí mismo —ya que pretendo sacar de sus existencias y de su amistad una conclusión sobre las relaciones de mi país con el vuestro— los trazos principales de su carácter y de su participación en la vida argentina y brasileña de aquel tiempo.

Por lo demás, quién de nosotros no se encanta de insistir, de repetir vidas de grandes hombres?

Y quién las repitió lo bastante para que sus obras se hayan grabado en nuestro espíritu con esa precisión de conocimiento sin la cual ningún provecho verdadero se puede recibir a través de lo que fueron y representaron para la propia colectividad?

El mensaje de un gran hombre no está sólo en su obra palpable, que la historia registra. No son las batallas de Bonaparte, ni las telas de Leonardo, lo único que debemos guardar en la retina de la inteligencia. Hay algo más que a veces escapa a nuestras investigaciones y a nuestro interés principal, y que, sin embargo, vale por un período completo de historia: es el individuo, la parte más íntima del hombre cuyos actos lo escribieron.

En la vida de Sarmiento, esta tarea no es difícil, pues él mismo nos mostró su alma y nos descubrió su personalidad y sus aspiraciones con una sinceridad, una constancia y una preocupación que parecen, a veces, rayar en la inmodestia.

“En mi vida tan sacrificada —dice él un día— tan con-  
“trariada, y sin embargo tan perseverante en la aspiración de  
“un no se qué de elevado y noble, me parece ver retratarse es-  
“ta pobre América del Sud, agitándose en su nada, haciendo  
“esfuerzos supremos por abrir las alas y lacerándose a cada  
“tentativa, contra los hierros de la jaula que la retiene enca-  
“denada”.

Mas cree en los destinos de esa América con la misma fuerza con que confía en los suyos, y llega a profetizar, en 1849, la caída de Rosas y que él mismo sería gobernador de San Juan y Presidente de la República.

Los “Recuerdos de Provincia” están llenos de su vida.

De todo hay en ese libro, que Alberto Palcos considera una joya de la literatura castellana, “a pesar de su defectuosa “unidad, de su irregular concatenación y de su constante auto-elogio”. “En sus páginas —agrega aquel autor— palpita “el corazón de una época. Las personas evocadas *viven*. Todo Sarmiento está en los *Recuerdos*: bravío, altanero, obstinado, mas lleno de bondad, de ternura, de piedad”.

Se exalta Sarmiento con su destino, que es como el de su América. Y lo repite por todas partes, hasta en estas páginas dedicadas a su madre y que son tal vez de las más fuertes y emocionadas de los “Recuerdos de provincia”. Las leo en castellano, pues ya verifiqué que el estilo de Sarmiento es de los que más resisten a una traducción: “La madre es para “el hombre la personificación de la Providencia, es la tierra “viviente a que adhiere el corazón, como las raíces al suelo. “Todos los que escriben de su familia, hablan de su madre con “ternura. San Agustín elogió tanto a la suya, que la Iglesia “la puso a su lado en los altares; Lamartine ha dicho tanto “de su madre en sus *Confidencias*, que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la historia; mujer adorable por su fisonomía y dotada de un corazón que parece insondable abismo de bondad, de amor y de entusiasmo, sin dañar a las dotas de su inteligencia suprema que han engendrado el alma “de Lamartine, aquel último vástago de la vieja sociedad aristocrática que se transforma bajo el ala materna para ser “bien luego el ángel de paz que debía anunciar a la Europa “inquieta el advenimiento de la república. Para los afectos “del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido “en suerte; pero cuando se ha leído páginas como las de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar en un libro “esculpida su imagen. La mía, empero, Dios lo sabe, es digna “de los honores de la apoteosis, y no hubiera escrito estas páginas si no me diese para ello aliento el deseo de hacer en los “últimos años de su trabajada vida, esta vindicación contra las “injusticias de la muerte. Pobre mi madre! En Nápoles, la

“noche que descendí del Vesubio, la fiebre de las emociones  
“del día me daba pesadillas horribles, en lugar del sueño que  
“mis agitados miembros reclamaban. Las llamaradas del vol-  
“cán, la oscuridad del abismo que no debe ser oscuro, se mez-  
“claban qué se yo a qué absurdos de la imaginación aterrada,  
“y al despertar de entre aquellos sueños que querían despe-  
“dazarme, una idea sola quedaba tenaz, persistente como un  
“hecho real; mi madre había muerto! Escribí esa noche a mi  
“familia, compré quince días después una misa de *requiem* en  
“Roma, para que la cantasen en su honor las pensionistas de  
“Santa Rosa, mis discípulas, hice voto y perseveré en él mien-  
“tras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas, de pre-  
“sentarme en mi patria un día, y decirles a Benavídez, a Ro-  
“sas, a todos mis verdugos: Vosotros también habéis tenido  
“madre, vengo a honrar la memoria de la mía; haced, pues,  
“un paréntesis a las brutalidades de vuestra política, no man-  
“chéis un acto de piedad filial. Dejadme decir a todos, quién  
“era esta pobre mujer que ya no existe! Y, vive Dios! que lo  
“hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos pro-  
“pósitos, y he de cumplir aun muchos más que me tengo  
“hechos!”.

La visión amplia del estadista, que tanto se ocupaba de los problemas grandes como de los pequeños; el tino y el espíritu abierto del verdadero diplomático; el coraje y la argucia del político de escuela; la tenacidad del educador; el talento y la sensibilidad del escritor y del poeta; la combatividad del periodista, y tantas otras fases de su genio, se derraman en las páginas de sus libros, en las frases de sus discursos, en sus cartas y artículos, y, sin ningún artificio, sincero, impulsivo, orgulloso e inflexible ante el destino, muéstrase de una sola pieza como él es y sabe que es, y no deja a nadie el trabajo de contarle la vida, ni tampoco de escudriñarle el alma y sus aspiraciones.

Antes de los veinte años comienzan sus tribulaciones políticas y a los veinte años apenas, vasa a Chile para no caer en las manos de Facundo Quiroga. Comienzan sus actividades

intelectuales, desenvuélvense. Como profesor, enseña y reforma. Como periodista, predica, defiéndese y ataca. Y ha de ser así en toda la vida. Siempre combativo y con el fanatismo de la cultura y de la inteligencia. En 1875, cuando alguien duda de que pueda ser senador, por estar ya casi sordo, él responde: "La sordera no es impedimento para mí, pues no voy al Senado para escuchar, sino para decir..." Enseñanza y escuela eran su idea fija. "La escuela —declara Sarmiento cuando ya había sido electo Presidente de la República— es la democracia. Los profesores son los únicos que pueden acabar con los guerrilleros, los demagogos y los vagos. Para eso necesitamos hacer de toda la República una escuela". Y creólas por todas partes, de todas las formas y para todos los fines. El Colegio Militar y la Escuela Naval —cuna de la marina argentina— fueron obra suya.

En 1836 regresa a San Juan, mas vuelve a Chile en 1840, desterrado por Benavídez, que le hace escribir en Zonda, debajo del escudo de la República Argentina, esta célebre frase: "Las ideas no se matan".

En 1845, el Gobierno Chileno que se niega a atender un pedido de extradición que le dirigiera Rosas, encárgale una misión cultural en Europa. Embarca en un pequeño navío de vela y llega un día a Río de Janeiro, desde donde escribe a Miguel Piñero, el 20 de febrero de 1846, las impresiones de su primer contacto con el Brasil... y con el Emperador D. Pedro II.

Las breves palabras con que me referí antes a la personalidad de Sarmiento, pudieron servir para demostraros que la vida de los grandes hombres argentinos no pasa desapercibida entre nosotros, los brasileños. No las conocemos evidentemente, con la minuciosidad con que aquí son conocidas, mas sí lo suficientemente para que podamos hacer de ellas un juicio hasta cierto punto completo y que nos autorice a apreciarlas sin graves yerros, dentro de su expresión universal y principalmente dentro de sus manifestaciones y de sus contactos con nosotros los brasileños.

Sarmiento pertenece al número de los grandes hombres argentinos de quienes nos interesa conocer tanto las manifestaciones universales como las simplemente limitadas a nuestro medio porque es con la historia y el ejemplo de gente así, que se hace historia constructiva, y no con la historia y el ejemplo de aquellos que no vivieron sino para incitar desconfianzas y crear enemistades.

Mas Sarmiento también tuvo sus engaños sobre el Brasil. No obstante, creo que fueron engaños de orden intelectual e imaginativo, más que propiamente engaños que pudiesen repercutir seriamente, en aquel tiempo o más tarde, en nuestras relaciones. Eran engaños del poeta que ama a su patria y anda de un lado para otro al sabor de las persecuciones políticas, engaños que se corrigen y que él mismo corrigió. Eran también engaños de hombre que naciera en una época convulsionada por los héroes y los caudillos, por las ideas enormes e intrépidas, por las ambiciones de toda especie. No se les debe dar, por tanto, sinificación excesiva, por lo mismo que no fuimos nosotros quienes tuvimos que corregir los engaños de Sarmiento, sino él mismo quien lo hizo.

Volvamos ahora a la carta que Sarmiento escribió a su amigo D. Miguel Piñero algunas semanas después de haber pisado por primera vez la tierra brasileña. La época del año era tal vez la más calurosa de la capital del Brasil, pero no más cálida que la de otras capitales que Sarmiento conocía e iba a conocer en su viaje por Europa y por América del Norte.

Pero Sarmiento quizá llegara cansado... Cansado de sus luchas más recientes... Y tal vez aun con aquellas historias que entonces se narraban de la diplomacia del Imperio... Y escribió páginas y páginas, algunas admirables, otras impregnadas de amarga fatiga y de esa impostergable necesidad que sienten algunos, cuando el calor aprieta y coinciden las frutas carnosas y los pájaros vistosos, de hablar interminablemente de cosas tropicales...

“Son las seis de la mañana apenas, mi querido amigo, y  
“ya estoy postrado, deshecho, como queda nuestra pobre orga-



“nización cuando se ha aventurado más allá del límite permitido de los goces. El sol está ahí ya, en el borde del horizonte escudriñando los más recónditos recesos de este cráter abierto en cuyo interior está fundada Río de Janeiro. Me pone miedo el sol aquí, y concibo que los pueblos tropicales lo hayan adorado. Paréceme ver en él, cuando se presenta en los límites celestes, aquella figura de Miguel Angel que preside el juicio final, implacable en sus miradas que dominan la tierra, atlética en sus formas que revelan su poder incontrastable. Es un tirano sobre cuya faz no es un osado de echar una mirada furtiva; sus rayos se sienten presentes a toda hora, agudos como flechas, penetrantes como lluvia de agujas. Después de veinte días de residencia en esta ciudad, permanezco inmóvil, los brazos tendidos, las fibras sin elasticidad, agobiado bajo la influencia letárgica. Anúnciase apenas la aurora, y ya el calor del sol ausente aun, pone en movimiento la vegetación, bulliciosa ella misma, como los enjambres de insectos dorados que la pueblan. Bajo los trópicos, la naturaleza vive en orgía perenne. La vida bulle por todas partes, menos en el hombre, que se apoca y anodada, acaso para guardar un equilibrio desconocido entre las fuerzas de producción. El hombre nacido en estas latitudes, resiste a su acción instantánea; pero a la larga, vésele en sus hábitos, en sus hijos, debilitarse y perder la energía original de la raza”.

Sarmiento se deja llevar sin querer por la imaginación del viajero intelectual que se juzga infalible después de veinte días de tierra extraña... Sol e insectos dorados... y así está el hombre nacido en aquellas latitudes debilitándose y perdiendo la energía original de la raza...

Sarmiento, que tanta cosa había de prever andando la vida, y que tanta cosa había de crear en función de siglos que anticipaba, en ese corto y primer pasaje por el Brasil no supo presentir el Brasil de hoy, con toda su grandeza forjada por los hombres de aquel tiempo...

Y la carta extiéndese en esas ideas por muchas páginas aun. Viene después la parte política.

“Los diarios y los estadistas más eminentes propalan la “misión del Brasil para ponerse a la cabeza de la cruzada “contra las pretensiones europeas. . . La política imperial participa de estas preocupaciones. Allí más que en Buenos Aires “es profunda la convicción de que no debe permitirse a los “extranjeros la libre navegación de los ríos, que los nacionales “no navegan, y tener por límites del Imperio el Amazonas “al norte, y el Plata al oriente; es el sueño dorado del moderno Imperio, que se envanece de tener como Roma siete “colinas en la capital, esclavos que labran la tierra como de “antiguo, y la misión de dominar la América por sus escuelas, su diplomacia y su comercio. . . La forma de gobierno “no da aquí sus frutos, con la lozanía de las tierras vírgenes. “El emperador es una grande bomba de aspiración que atrae “así incesantemente todas las partículas de poder y de riqueza que pueden desprenderse de la masa general. . .”

Llega luego la referencia personal al Emperador, “joven “devotísimo y un santo en el concepto del confesor que lo “gobierna, muy dado a la lectura, y según el testimonio de “un personaje distinguido, excelente joven que no carece de inteligencia, aunque su juicio está retardado por la falta de es- “pectáculo, y las malas ideas de una educación desordenada”.

Don Pedro II, a quien llamaran el Emperador filósofo, y que a los seis años de edad era ya una entidad política, aunque sólo a los quince fuese coronado Emperador del Brasil, no parece que hubiera tenido tal educación desordenada, pues sus tutores, José Bonifacio e Itanhaém, procuraron siempre rodearlo de profesores ilustres. El mismo se ocupó de continuar la instrucción esencialmente clásica que éstos le dieran entre 1831 y 1840, pues tenía, como Sarmiento, la idea fija de la cultura y del estudio. Jamás abandonó los autores griegos y latinos, que leía corrientemente en el original.

El Brasil del período regencial es el que realmente viviera días agitados. Eran las luchas internas en varias provin-

cias, manteniéndose la unidad nacional gracias a aquél a quien D. Pedro II había de hacer más tarde el único duque del Imperio: Caxias.

Cuando Sarmiento pasó por Río de Janeiro, en 1846, tenía D. Pedro, veinte años apenas. Aquellas luchas eran aun recientes. Y era efectivamente un joven quien gobernaba el Brasil, y un joven no siempre libre, en esos primeros años de su reinado, de la influencia de algunos viejos palaciegos. Pero el joven ya meditaba. Platón y Aristóteles le enseñaban a comprender a los hombres. Gentes como Aureliano Coutinho, Odo-rico Mendes, Gonçalves Dias, Pôrto Alegre y el célebre predicador Monte Alverne eran sus compañeros diarios de conversación. Hombres de letras, artistas y cientistas lo requerrían constantemente. Todos los sectores de la inteligencia lo interesaban con la misma fuerza. Y quería que todos fuesen así. Un día, cuando quisieron levantarle una estatua por la terminación de la guerra del Paraguay, pidió que el dinero recaudado fuese destinado a la construcción de más escuelas. Visitaba a menudo las que ya existían, asistiendo a clases y exámenes.

La misma curiosidad intelectual lo llevó más tarde — en 1871, 1876 y 1887— a viajar por el mundo. Tuvo que afrontar censuras y la oposición del mismo Parlamento, pero aquella su curiosidad era invencible.

Viajó por todas partes. Estados Unidos de América, donde declara a Hamilton Fish, Secretario de Estado, que no es el Emperador del Brasil, sino un simple ciudadano brasileño; Portugal donde se encuentra con el gran escritor e historiador Alejandro Herculano, con quien mantenía correspondencia desde hacía tiempo, y que, cuando él era apenas un joven de diecinueve años, lo considerara uno de los primeros príncipes de su época; Italia, donde visita a su viejo amigo Manzoni y donde la Universidad de Roma se admira de que hablase griego, latín y hebreo; Alemania, donde conoce y oye a Wagner; Francia, donde frecuenta a Gobineau, Taine, Renan, Dumas, Claude Bernard, Guizot, Berthelot, Víctor Hugo, Mistral, Pasteur y tantos otros; Egipto, donde trata de

perfeccionar sus estudios de egiptología. Y visitó más países, siempre en su ansia de aprender y verificar.

Así era D. Pedro II en la vida íntima. Mas nunca descuidaba los intereses de su país. Y era en eso extremadamente minucioso. Pandiá Calogeras lo describe con estas palabras: "Era siempre el Emperador y exigía que lo reconociesen. Por "eso, no toleraba que le quitasen, o aun aparentasen quitar, la "primacía. A muchos que se juzgaban imprescindibles, hizo- "les sentir el yerro; en eso, por lo demás, no había propiamente "orgullo personal, sino el concepto de la disciplina debida "al primero de los funcionarios nacionales... Era ordenado, "puntual, calmó y equilibrado. Dominábase y no se dejaba "dominar por otros, ni trasparentar sus propios sentimientos... Fiscalizaba todo, actos y hombres".

Tal era el Emperador D. Pedro II, con quien Sarmiento, seis años después de haber escrito la carta que citamos antes, tuvo encuentros interminables y por los cuales llegó tal vez a la conclusión de que se había engañado en lo que le contara a Miguel Piñero. Tenía el Emperador en esta ocasión apenas veintiséis años de edad.

Veamos entonces lo que Sarmiento dice de uno de esos encuentros, que marcó el comienzo de una admiración y de una amistad que nunca había de perder hasta la hora de su muerte. La Orden de la Rosa, que D. Pedro le otorgara por su participación en el combate de Tonelero, sería la única condecoración que Sarmiento usaría en toda su vida. Y cuando murió, la corona de flores con que el Emperador le rinde su último homenaje, tenía dos cintas, una de ellas, que recordaba el encuentro de Petrópolis, ocurrido treinta y seis años antes, decía simplemente: "Civilización y Barbarie - Tonelero - Monte Caseros - Petrópolis - Instrucción Pública".

De ese primer encuentro de Petrópolis —y con ésto termino palabras que ya son extensas— hizo Sarmiento un relato minucioso a su amigo Bartolomé Mitre, aquél a quien el futuro Presidente de la República Argentina enviaría un día a Río de Janeiro para ocuparse de divergencias que habían

surgido al finalizar la guerra del Paraguay. He aquí algunos fragmentos que no necesitan comentarios:

“He sido recibido por el Emperador con una indulgencia y atención que a veces le hacía derogar de las formalidades de la etiqueta... La cuestión del Río de la Plata ha llamado la atención de este gobierno sobre la historia, las costumbres, los hombres y las cosas de nuestro país; y al temor que antes inspiraba al Brasil nuestro espíritu guerrero, y la desconfianza suscitada por el genio de la intriga, de la descortesía y las trapacerías y querellas de que Rosas les había dado tantos ejemplos, se ha sucedido el respeto por el carácter moral de que han dado muestras tantos de los que han combatido la tiranía y en homenaje a las luces e inteligencia de nuestros escritores y hombres de estado... El Emperador, joven de veintiseis años, estudioso, y dotado de cualidades de espíritu y de corazón que lo harían un hombre distinguido en cualquiera posición de la vida, se ha entregado con pasión al estudio de nuestros poetas, publicistas y escritores sobre costumbres y caracteres nacionales... Su naturaleza blanda, formada en el hábito de la moderación, y del orden moral y legal que lo rodea, se impresiona vivamente por aquellos caracteres duros, enérgicos, que he trazado en algunos de mis escritos... En esta conferencia, que duró dos horas y media de tertulia de silla a silla y con un abandono afectuoso y cordial de parte del Emperador, ocurrió un incidente que le dará la medida de la generosidad de su carácter. En la enumeración de mis escritos, que debía conocer, yo había olvidado nombrar unos viajes por Europa, Africa y América, en cuyo primer tomo se registra una malhadada carta sobre el Brasil; y en las anteriores visitas S. M. parece ignorarlo también. Habiéndosele presentado el general Rivera en esos días, me dijo, aludiendo a él, y como quien no pone en ello intención: “No es *bavard*”. “Eh, diablo! me dije yo para mi colete, ha leído mis viajes! “Pero como digno soldado del Ejército Grande, no pestañee, “ni moví un músculo al oír silbar esta bala perdida”.

Esos fueron, amigos míos, dos de los mayores hombres de nuestra historia. Sarmiento y D. Pedro II tenían temperamento distinto; eran de otra sangre; nacieron y murieron en años y medios distintos, con historias distintas tras de sí, uno comenzando la vida en el exilio, el otro terminándola en él. Pero su mensaje fué el mismo. Por caminos diferentes, buscaron, honestamente, realizar la felicidad de sus pueblos y preparar la grandeza verdadera de su futuro. Ambos tuvieron el culto de la inteligencia y del saber. Y fueron así por toda la vida, obstinados ambos.

Cuando se conocieron, el más viejo se equivocó con respecto al más joven. Más tarde, el más viejo tuvo la fuerza — y cómo no había de tenerla, Sarmiento?— de reconocer su error.

Ahora, en nuestra vida, en la vida de nuestras patrias, más unidas una a otra que lo próximos que estaban Sarmiento y el Emperador, errores hubo, y malentendidos tal vez subsistan, que podrían muy bien ser corregidos o aclarados. Refiérome a los malentendidos y a los errores de naturaleza histórica y no a cualesquier malentendidos de otra especie, porque, éstos, confieso que no los conozco.

Brasil y Argentina son dos países diferentes, como diferentes fueron Sarmiento y D. Pedro II. Mas, ambos impregnados de su destino. Ambos enormes en su geografía. Ambos enormes en el futuro de su pueblo!

Y por eso.—ya lo dije en otra ocasión— Argentina y Brasil deben marchar juntos. O se comprenden y todo el Continente reflejará esa comprensión, o no se entienden, y padecerán todos, en el Continente, por esa desinteligencia.

Deben marchar juntos, mas no para que de ahí resulten dificultades y recelos para otros, sino ejemplos de trabajo, de justicia, de humanidad, de respeto mutuo y de cultura.

Nuestra América tiene pueblos tan dignos e ilustres como los demás continentes de la tierra.

Pues bien: que sus pueblos, sean cuales fueren, vivan, eternamente, en el ejemplo de los hombres que también han de vivir eternamente.

JUAN BAUTISTA LUSARDO